

Su imaginacion le presentó en aquel momento el cuadro mas espantoso; le pareció que D<sup>a</sup> Laura se arrastraba herida por los pavimentos deseándole como su última esperanza.

Volvió á oír el jemido y creyó hasta reconocer la voz de la dama.

Regresó entonces rápidamente para su casa, llamó á todos los criados y les hizo armar y proveerse de hachas y de luces, y luego como si tratara de dar un asalto en forma, se dirigió á la casa de D<sup>a</sup> Laura.

Los golpes que D. Lope habia dado á la puerta para llamar, el bullicio de los criados, las luces que llevaban, todo atrajó la atencion del vecindario, que se agrupaba á las ventanas y balcones, y no tardó en presentarse allí una ronda capitaneada por un respetable alcalde.

—¿De qué se trata aquí, señor caballero?—preguntó el alcalde.

—Trátase—contestó D. Lope sin detenerse—de que en esa casa se ha cometido un crimen.

—¡Crimen! pues téngase vuesa merced, que si crimen es, incumbe á la justicia que represento su averiguacion y castigo.

—Pues sígame vuesa merced, señor alcalde, y vamos abriendo la casa.

—¡Ah! señor caballero, ¡alto! que necesita procederse en orden para que en orden salga todo, y sentaremos como auto cabeza de proceso, la denuncia ó declaracion de vuesa merced, segun quiera ó no constituirse parte quejosa ó acusadora, ó á menos que vuesa merced prefiera que se siga el negocio de oficio, sin previo libelo.

—Mire vuesa merced, señor alcalde—contestó impa-

## XIX.

De lo que pasó en la casa de D<sup>a</sup> Laura entre D. Lope y la justicia.

ON Lope llegó, como lo tenia de costumbre en las noches, á visitar á D<sup>a</sup> Laura. Durante el dia nada advirtió que le hiciese sospechar lo acontecido en la casa de la dama, porque como hemos dicho de esa casa nadie salia; nadie se asomaba.

D. Lope no miró á los balcones al llegar al zaguan y por lo mismo, tampoco notó que la casa permanecia oscura.

Llamó á la puerta, y contra todo lo que esperaba, nadie contestó: esperó un poco y volvió á llamar y sucedió lo mismo.

Entonces le asaltó un terrible presentimiento: algo extraño habia pasado indudablemente en aquella casa.

Fedobló los golpes á la puerta y aplicó el oido contra ella luego; y allá en el fondo de la casa, como saliendo de la profundidad de la tierra, oyó un jemido.

Creyó al principio que era una ilusion de su acalorada fantasía y repitió la prueba, y entonces se convenció que alguien gritaba ó se quejaba.

cientemente D. Lope—que antes que todo es socorrer á esas jentes desgraciadas.....

—Con arreglo á lo actuado.....

—Voy á abrir—esclamó D. Lope arrebatando una hacha de la mano de uno de sus criados, y descargando sobre la puerta un terrible golpe que hizo saltar mil astillas antes de que el alcalde se hubiera podido oponer.

—Téngase á la justicia, señor caballero—esclamó el alcalde con cólera y golpeando el suelo con su vara—que preciso se hace que el escribano dé fé del estado en que se encuentra esta puerta.

—¿En qué estado se ha de encontrar si no cerrada?—esclamó D. Lope redoblando sus golpes en lo que le imitaron perfectamente sus criados.

—Téngase á la justicia—gritó el alcalde furioso por ver que nadie le hacia caso—señor escribano, dé vuesa merced fé de este atentado.

Y viendo que los golpes de las hachas seguian sin intermision y que la puerta vacilaba, comenzó á gritar:

—¡Favor á la justicia! ¡favor á la justicia!

Pero la curiosidad y la impaciencia dominaban á los alguaciles y á todos los curiosos que presenciaban aquella escena, que no estaban para perder el tiempo en fórmulas.

Las voces del alcalde se perdieron sin que el eco siquiera se tomase el trabajo de repetir las.

El alcalde comprendió la impopularidad de la escena, y calló avergonzado.

La curiosidad habia triunfado de la ley.

La puerta saltó al fin hecha pedazos; se oyeron entonces distintamente los gritos de una mujer que pedia socorro, y toda la multitud que se agrupaba en la puerta se lan-

zó dentro de la casa siguiendo á D. Lope y alumbrada por las torcidas que llevaban ardiendo los criados y por el vacilante farolillo de la ronda.

El alcalde fué arrollado lo mismo que los alguaciles en aquella carga, y nadie pensó en dejarle pasar por delante ni en detenerse para no atropellarle.

El alcalde comprendia su debilidad y se dejó conducir por la multitud.

Entonces la fuerza bruta triunfaba de la autoridad.

D. Lope, con una hacha en la mano, se dirigió á la escalera.

De repente dió un grito, y se detuvo; habia tropezado con un cadáver.

D. Lope visitaba todos los dias á D<sup>a</sup> Laura y sabia que tenia tres esclavas: acercó una luz y reconoció el cadáver de una de ellas.

Tenia una puñalada en el pecho y el cráneo roto; indudablemente aquella infeliz habia sido muerta en el corredor y precipitada desde allí al patio.

D. Lope se apartó con disgusto y se dispuso á subir, pero el alcalde habia llegado ya con el escribano y algunos alguaciles y se detuvo para impedirle el paso.

—Téngase á la justicia, señor caballero, que no se puede pasar de aquí sin dar fé del cuerpo, y....

—Señor alcalde—esclamó furiosamente D. Lope levantando el hacha—si vuesa merced sigue estorbándome en estos momentos, por el santo de mi nombre que voy á hendirle el cráneo.

El alcalde se apartó de un salto, pálido y demudado, y aun quiso hacer otra tentativa gritando:

—Favor á la justicia....

Pero D. Lope pasó adelante y tras él la jente con tanta rapidez que el alcalde sin concluir su frase tuvo que seguir el movimiento, so pena de ser derribado y pisoteado!

Llegaron á los corredores y allí estaba otra esclava. Esta no tenia herida ninguna; algunos golpes no mas en la cara, pero estaba fuertemente atada contra una de las columnas que sostenian el techo.

De ella eran los gritos que habia escuchado D. Lope.

—¿En dónde está la señora? ¿qué ha sucedido? ¿qué es esto?—preguntó D. Lope rápidamente.

—Nada sé—contestó la infeliz sin salir aún de su asombro.

D. Lope comenzó á desatarla.

—Alto, señor caballero—esclamó el alcalde—eso lo hará la justicia.

—Por Dios, señor alcalde del demonio—dijo D. Lope volviéndose furioso y alzando el hacha.

El alcalde se eclipsó entre la multitud, pero no pidió ya favor á la justicia.

—Sígueme, guíame, vamos á buscar á D<sup>a</sup> Laura—dijo D. Lope arrastrando casi á la esclava que apenas podia andar.

Registraron toda la casa; en la cocina estaba la otra esclava tirada en el suelo y atada de piés y manos.

De D<sup>a</sup> Laura nadie sabia; en la cámara de la dama los muebles por tierra, rotos algunos; indicios de una lucha violenta; abierto uno de los armarios y vacío.

Aquello era un robo, pero ¿y D<sup>a</sup> Laura? qué habia sido de ella? si la habian asesinado, ¿en dónde estaba su cadáver? ¿en dónde su sangre? ¿por dónde habia salido si el zaguán estaba cerrado?

Todas estas preguntas dirijia D. Lope á las esclavas que nada podian contestar y que no hacian sino temblar y llorar.

D. Lope se dejó caer en un sitial como un loco y tiró el hacha que llevaba en la mano y se puso á llorar sin reflexionar que una multitud de curiosos le contemplaba con estrañeza.

—Referidme lo que sepais—dijo á las esclavas.

—Señor—dijo una—esta y yo estábamos en la cocina, cuando repentinamente entraron unos hombres, se arrojaron sobre nosotras y nos ataron como nos habeis encontrado: oimos gritos, golpes, ruido y luego nada; silencio: esto fué anoche; todo el dia lo hemos pasado así, muertas de sed y de hambre....

—Esa declaracion que toma vuesa merced, es ilegal—esclamó el alcalde presentándose delante de D. Lope.

D. Lope se levantó furioso y buscando cerca de sí algo que arrojar á la cabeza del alcalde: afortunadamente su mirada no se posó en el hacha, sino en un gran cojin que tenia cerca; le levantó y antes que el alcalde pudiera evitar el golpe, le lanzó el cojin con tanta furia, y le acertó tan bien en medio de la frente, que el alcalde, atarantado, dejó escapar la vara, vaciló y cayó sentado en medio de las risas de la jente que le rodeaba.

—Favor á la justicia! favor al rey!—gritó levantándose furioso y buscando la insignia de su autoridad—prendan á ese.

Pero D. Lope habia desaparecido, y como un demente corria en direccion á palacio.

—Vaya, comencemos el proceso en forma, señor escribano—dijo calmándose el alcalde.